Este texto es una de las mejores introducciones al pensamiento de Louis- Claude de Saint- Martin. Resume en una síntesis notable los principales ideas fundamentales de su sistema teosófico. Fue publicado por primera vez en 1782, o sea siete años después de "de los Errores y de la Verdad", y en la primera mitad de la carrera literaria del Filósofo desconocido.

CUADRO NATURAL DE LOS RELACIONES QUE EXISTEN ENTRE DIOS, EL HOMBRE Y EL UNIVERSO

Louis Claude de Saint-Martin

El universo no existe sino por las facultades creadoras, invisibles; estas facultades creadoras tienen una independencia necesaria e independiente del Universo, como mis facultades visibles existen necesaria e independientemente de mis obras materiales.

Independientemente de las facultades creadoras universales de la naturaleza sensible, existen también fuera del hombre, las facultades intelectuales y pensantes, análogas a su ser , y que producen en él los pensamientos; ya que los móviles de su pensar no son en absoluto de él, no los puede encontrar más que una fuente inteligente, que tiene una relación con su ser; sin eso, estos móviles no podrían tener acción sobre él, el germen de su pensar permanecería sin reacción y por consecuencia sin efecto.

Sin embargo, aunque él sea pasivo en sus ideas sensibles, permanece siempre el privilegio de examinar los pensamientos que se le presentan, de juzgarlos, de adoptarlos, de rechazarlos, de actuar a continuación conforme a su elección y de esperar, en medio de una marcha atenta y continuada, de atender un día el disfrute invariable del pensamiento puro: toda cosa que deriva naturalmente del uso de la libertad.

.

La Libertad

Como en el principio, la libertad es la verdadera fuente de determinación, es esa facultad que está en nosotros de seguir la ley, que nos es impuesta, o de actuar en oposición a esta ley; es finalmente la facultad de

permanecer fiel a la luz que sin cesar se nos presenta. Esta libertad se manifiesta al principio en el hombre, de la misma forma que cuando se hace esclavo de las influencias a su ley. Entonces se le ve aún, antes de su determinación, comparar entre ellas los distintos impulsos que le dominan, oponer sus prácticas y sus pasiones las unas a los otras y elegir finalmente la que es más atractiva para él.

Considerada como efecto, la libertad se dirige solamente después de la ley otorgada a nuestra naturaleza intelectual; entonces, ella supone la independencia, la exención completa de toda acción, fuerza o influencia contraria a esta ley, exención que pocos hombres conocieron. Bajo este punto de vista, en que el hombre no admita ningún otro motivo de su ley, todas sus determinaciones, todos sus actos son el efecto de esta ley que los guía, y es solamente entonces que él es realmente libre, no será nunca desviado por ningún impulso extraño de lo que le conviene a su ser.

Dios

En cuanto al ser del principio, esta fuerza pensante universal, superior al hombre, la cual no podemos superar ni evitar la acción, y donde la existencia está demostrada por el estado pasivo donde nosotros somos lo opuesto a ella, relativo a nuestros pensamientos, este último Principio tiene también una libertad que difiere esencialmente de los otros seres; ya que siendo el mismo su propia ley, no puede nunca apartarse y su libertad no es expuesta a ningún obstáculo u impulso extraño. Así pues, él no es esa facultad funesta por la que el hombre pueda actuar contra el objetivo de su existencia. Lo que demuestra la superioridad infinita de este Principio universal y Creador de toda ley.

Este Principio supremo, fuente de todas las potencias, sea de las que vivifican del pensamiento en el hombre, sea de las que generan las obras invisibles de la naturaleza material, ese ser necesario a todos los otros seres, germen de todas las existencias: ese término final hacia el cual tienden, como por un esfuerzo irresistible, porque todas buscan la vida; ese ser, digo yo es el que los hombres llaman generalmente DIOS.

La Naturaleza

El Universo no puede influir sobre los facultades activas y creadoras a las cuales debe la existencia, y no hay relación más directa y más necesaria con Dios, a quién pertenecen estas facultades, que nuestras obras materiales tienen con nosotros. El Universo es, por decirlo así, un ser aparte; es extraño a la divinidad, aunque no le es ni desconocido, ni indiferente... No tiene la esencia divina, aunque Dios se ocupa de su cuidado, su manutención y su gobierno. Así no participa de la perfección, que sabemos pertenece a la Divinidad; no forma unidad con Él; por lo tanto no está incluido en la simplicidad de las leyes esenciales y particulares de la Naturaleza Divina.

Por eso se percibe por todas partes en el Universo los caracteres del desorden y de la deformidad; este es un montaje violento de simpatías y de antipatías, de similitudes y diferencias, que fuerzan a los seres a vivir en una continua agitación, para acercarse a lo que les conviene, y para huir lo que les

es contrario: tendiendo sin cesar a un estado más tranquilo, tendiendo a la unidad de donde todo salió.

La imperfección atada a las cosas temporales, prueba que no son ni iguales ni coeternas con Dios, y demuestra al mismo tiempo que no pueden ser permanentes como Él: ya que sus naturalezas imperfectas no tienen la esencia de Dios, a la cual solamente pertenece la perfección y la Vida, debe poder perder la vida o el movimiento que ha podido recibir: porque el verdadero derecho que Dios hace de no cesar de ser, es el de no tener que comenzar.

En orden intelectual, es lo superior que nutre lo inferior; es el principio de toda existencia que mantiene en todos los seres la vida que les ha donado; es la fuente primera de la verdad, que el hombre intelectual recoge diariamente en sus pensamientos y la luz que le ilumina. Ahora bien este principio superior no aguarda a su vida, ni es el sostén de ninguna de sus producciones, recibiendo todo de él mismo, nunca le da albergue a la privación, la escasez y la muerte.

Al contrario, dentro de todas las clases del orden físico, es lo inferior que nutre y alimenta lo superior Es esta la imagen más sorprendente de su impotencia y la prueba más certera de la necesidad de su destrucción; ya que no pudiendo conservar su virtud generatriz y su existencia, sino por la ayuda de sus propias producciones, no sabría la creencia de lo imperecedero, sin su reconocimiento, como en Dios, la facultad esencial y sin límites de engendrar; y entonces no vería en ella ni esterilidad, ni sequedad.

En el principio supremo, que ha ordenado la producción de este Universo, y que mantiene la existencia, todo es esencialmente orden, paz, armonía; así no se debe asignar jamás la confusión que reina en todas las partes de nuestra tenebrosa morada; y ese desorden no puede ser más que el efecto de una causa inferior y corrompida que no puede actuar si no está separada y fuera del Principio del bien: ya que es aún más cierto que ella es nula e impotente, con relación a la Causa primera Es imposible que estas dos Causas existan fuera de la clase de las cosas temporales. Desde que la Causa inferior cesa de estar conforme a la ley de la Causa superior, perdió toda unión y toda comunicación con ella; porque en tal caso la causa superior, Principio eterno del orden y de la armonía, ha dejado la causa inferior, opuesta a su unidad, caída por ella misma en la oscuridad de su corrupción, como nos deja todos los días perder voluntariamente la extensión de nuestras facultades, y estrecharlas, por nuestros propios actos, en los terminales de los afectos más viles, en el punto de nosotros más alejado de los objetos que convienen a nuestra naturaleza.

La materia, el mal

Así pues, lejos de que el nacimiento del mal y la creación limitada, en la que ella ha sido contenida, han producido, en el orden verdadero, un mayor conjunto de cosas y adición a la inmensidad, no ha hecho más que particularizar, lo que por esencia debía ser general; que dividir acciones que debían estar unidas; que contener en un punto lo que tenía que ser separado de la universalidad, y debía circular sin cesar en toda la economía de los seres; que sensibilizar finalmente bajo formas materiales lo que existía ya en

principio inmaterial: ya que, si pudiéramos analizar el Universo e imprimir sus envolturas groseras, encontraríamos los gérmenes y las fibras de principios dispuestas en el mismo orden en donde vemos que son sus frutos y sus producciones; y este Universo invisible sería así distinto a nuestra inteligencia como el Universo material lo es a los ojos de nuestro cuerpo. Esto es en donde los Observadores están extraviados, al confundir el Universo invisible y el Universo visible, y anunciar al último, como siendo fijo y verdadero, lo que aparta al Universo invisible y principio.

Es así como la causa inferior tuvo por límites la defensa sensible e insuperable de la acción invisible vivificante y pura del gran Principio, delante de la que toda corrupción ve aniquilada en sus esfuerzos. Esta causa inferior, ejerce su acción en el espacio tenebroso donde ella está reducida, todo aquí está contenido con ella sin excepción, debe ser expuesta a sus ataques: y que ella no puede nada sobre la esencia del Universo, puede combatir a los Agentes, poner obstáculo al resultado de sus actos, e insinuar su acción desarreglada en los menores trastornos de los seres particulares, para aumentar aún más el desorden.

¿Cómo la Causa inferior puede estar opuesta a la Causa superior? o ¿cómo el principio inteligible puede producir algo que se va a oponer a él mismo?

Para comprender eso, vamos a buscar cómo es que el mal puede existir en presencia de los fenómenos materiales. El ser creador produce sin cesar los seres fuera de él, como los principios de los cuerpos producen sin cesar fuera de ellos en sus acciones. No se produce nunca los montajes puesto que él es Uno, simple en su esencia. Por consecuencia, si, entre las producciones de este primer Principio, en este que se puede corromper, no pueden al menos disolverse ni aniquilarse, como las producciones corporales y de compuestos.

Los seres materiales

La corrupción, el desorden, el mal finalmente de las producciones materiales, es del cese del ser bajo la apariencia de la forma de quién le es propia. La corrupción de las producciones inmateriales es del cese del ser bajo la ley que les constituye. Sin embargo, la destrucción de producciones materiales, las que llegan en su tiempo y naturalmente no son un mal; no es desorden en el caso donde es prematura: por lo mismo el mal está más entonces en los seres entregados a la destrucción que en la acción desordenada que lo ocasiona.

Los seres inmateriales

Los seres inmateriales, por el contrario, no tienen los montajes, no pueden jamás ser penetrados por ninguna acción extraña; no pueden ser descompuestos, ni aniquilados. Así pues, la corrupción de estos seres no podría proceder de la misma fuente que la de las producciones materiales: puesto que la ley contraria, que actúa sobre ellas, no puede actuar sobre los seres simples.

La corrupción

¿A quién esta corrupción debe pues ser atribuida? Ya que las producciones ya sean materiales o inmateriales, empujando la vida en una fuente pura, cada una según su clase, sería injuriar el principio, al admitir la menor mancha en su esencia. De la diferencia extrema que existe entre las producciones inmateriales y las producciones materiales, el resultado es que ellas allí son pasivas, puesto que no son compuestas, no son no los agentes de su corrupción; no pueden pues ser el sujeto, puesto que el desorden viene necesariamente del exterior.

Al contrario, las producciones inmateriales, en calidad de seres simples, y en su estado primitivo y puro, no pueden recibir ni desorden, ni mutilación, por ninguna fuerza externa; puesto que nada de ellas está expuesto y que ellas contienen toda su existencia y todo su ser en ellas mismas, como formando cada una su unidad: de donde el resultado que si esta se llega a corromper, no solamente ellas no han de estar sujetas a su corrupción, sino también ellas no han de ser el órgano y los agentes: ya que es del todo imposible que la corrupción les dirija; puesto que ningún ser las podía haber tomado sobre ellas; ni desarreglar su ley.

¿Un ser que se acerca y que goza de la vista de las virtudes del soberano Principio, puede encontrar un motivo preponderantemente opuesto a las delicias de este sublime espectáculo? Si él aparta los ojos de este gran propósito, o si él refiriéndose a estas producciones puras del infinito, busca, en la contemplación, un motivo falso y contrario a sus leyes, pueden encontrarlo fuera de sí mismo, puesto que este motivo es el mal, y que este mal no existe en ninguna parte para él antes de que este pensamiento criminal les haya hecho nada, como nula producción existe antes de su Principio generador.

El Principio divino no contribuye ni al mal ni al desorden que pueden nacer entre sus producciones porque él es la pureza misma: siendo simple y siendo la ley de su propia esencia y de todas sus obras, es imposible toda acción ajena. El desorden y la corrupción no se extienden sobre los Principios primeros.

Aunque los seres libres son distintos del gran Principio, pueden apartarse de las influencias intelectuales que descienden continuamente sobre ellos; aunque estas influencias intelectuales reciben quizá en sus cursos alguna contracción que desvíe los efectos, el que les envía estos presentes saludables no cierra nunca su mano benefactora. Tiene siempre la misma actividad. Es siempre igualmente fuerte, igualmente potente, igualmente puro, igualmente impasible hacia los extravíos de sus producciones libres, que pueden hundirse ellas mismas en el crimen, y parir el mal por los únicos derechos de su voluntad. Sería pues absurdo admitir alguna participación de lo divino en el desorden de los seres libres, y de lo que resulta en el Universo; en una palabra, Dios y el mal no pueden nunca tener la menor relación.

Serían también pocos los fundamentos que asignarían el mal a otros seres materiales, puesto que no pueden nada por ellos mismos, y toda su acción viene de su principio individual, el cual es todavía dirigido o reaccionado por una fuerza separada de él. Ahora bien, tenemos tres clases de seres: Dios, los seres intelectuales y la Naturaleza física: si no se puede encontrar el origen del mal en el primero, que es exclusivamente la fuente de muy bien; ni en el último, que no es ni libre, ni pensante; y que sin embargo la

existencia del mal es innegable; es necesariamente forzoso atribuir al hombre, o a todo otro ser, teniéndolos como un rango intermediario.

El mal procede de los Seres intermediarios

El hombre actúa tanto hacia el bien como hacia el mal; se dice que tanto él siga las leyes fundamentales de su ser, tanto él se desviará. Cuando hace bien, marcha dentro del límite de la luz y la ayuda de la inteligencia; y cuando hace el mal, no se puede atribuir más que a él, y no a la inteligencia, que es la única vía, la única guía del bien, y por la cual sólo el hombre y todos los otros seres pueden bien hacer.

No podemos conocer la naturaleza esencial del mal ya que para comprenderlo, sería necesario que fuera verdadero, y entonces cesaría de ser mal, puesto que la verdad y el bien son la misma cosa. Comprender, es percibir la relación de un objeto dentro del orden y la armonía donde tenemos la regla en nosotros mismos. Si el mal no se relaciona con este orden y que él es precisamente lo opuesto, ¿ cómo podría percibirse entre ellos alguna analogía; cómo por consecuencia podríamos comprenderle?

El mal tiene sin embargo su peso, su número y su medida, como el bien: y se puede también saber en que relación están aquí abajo el peso, el número y la medida del mal, y sobre eso la cantidad, la intensidad y la duración. Ya que la relación del mal y el bien en cantidad es de nueve a uno, en intensidad de cero a uno y en duración de siete a uno.

El objetivo del hombre: el retorno a la Unidad

En el momento que un hombre produce una obra cualquiera, no hace más que pintar y volver visible el plan del pensamiento o la intención que ha formado. Él se añade a dar a esta copia tanta conformidad como es posible con el original, para que su pensamiento sea mejor entendido.

Si los hombres de los cuales el hombre quiere hacerse entender, pudieran leer su pensamiento, no habría ninguna necesidad de las señales sensibles para ser comprendido: todo lo que concibiera sería asido por ellos, así prontamente y con entendimiento para sí mismo.

Él no emplea entonces todos estos medios físicos, ni produce todas estas obras materiales sino que para anunciar su pensamiento a sus similares, a los otros seres distintos de él, de asimilarlos a una imagen de él mismo, y en esforzarse para su desarrollo en la unidad de los que están separados.

Todos los hombres no tienen ni tendrán nunca por meta otra que el de hacer adquirir a sus pensamientos, el privilegio de la universalidad, de la unidad. Esta es la misma ley universal de reunión que produce la actividad general, y esta es la voracidad que tenemos remarcada en la Naturaleza física: ya que se ve una atracción recíproca entre todos los cuerpos, por la cual, al acercarse, se sustentan y se nutren los unos a los otros; es por la necesidad de esta comunicación, que todos los individuos se esfuerzan de vincularse a ellos, los seres que los rodean de la confusión en ellos y de la absorción en su propia unidad, para que las subdivisiones vengan a desaparecer, lo que está separado se reúne; lo que está en la circunferencia retorna a la luz, y que por la armonía y el orden superan la confusión que tiene, todos los seres en trabajo.

Cuando Dios recurre a señales visibles, como el Universo, para comunicar su pensamiento, no puede emplearlas sino a favor de los seres separados de Él. Ya que si los todos los seres permanecieran en su unidad, no serían necesarios estos medios para comprender. De ahí entonces nosotros reconocemos que estos seres corruptos separados voluntariamente de la causa primera, y sujetos a las leyes de su justicia en el recinto visible del Universo, son todavía el objeto de su amor, porque Él actúa sin cesar pues por hacer desaparecer esta separación tan contraria a su felicidad.

La ley de tendencia a la Unidad

La ley de tendencia a la Unidad se aplica a todas las clases y a todos los seres, el resultado del menor de los individuos es la misma que la meta dentro de su especie: es decir, que los principios universales, generales y particulares se manifiestan cada uno en las producciones que a ellos le son propios, con el fin de volver por sus virtudes visibles a los seres distintos de ellos, que estando destinados a recibir la comunicación y las ayudas de estas virtudes, no lo podrían sin este medio.

Así pues, todas las producciones, todos los individuos de la Creación general y particular, no son más, cada uno en su especie, que la expresión visible, el cuadro representativo de las propiedades del principio sea general, sea particular que actúa en ellos. Deben llevar todos en ellos las marcas evidentes de este principio que los constituye. Deben anunciar claramente la clase y las virtudes, por las acciones y los hechos que ellos operan. En una palabra, deben en la señal característica, y, por así decir, la imagen sensible y viviente

.

El error de las teorías evolucionistas

Las teorías evolucionistas que suponen la naturaleza de cosas perfectibles que pueden sucesivamente llevar las clases y los especies de las más inferiores a los primeros rangos de elevación en la cadena de los seres. Esta conjetura es dicha por error ya que todo está regulado, todo está determinado dentro de las especies, e igual forma en los individuos. Hay por todo lo que existe una ley fija, un número inmutable, un carácter indeleble, como el del ser principio quien preside las leyes, todos los números, todos los caracteres. Cada clase, cada familia tiene su barrera cuya nula fuerza podrá jamás cruzar.

Si la existencia de todas las producciones de la Naturaleza no tuviera un carácter fijo, ¿cómo se podría reconocer el objeto y las propiedades? ¿Cómo se cumplirían las intenciones del gran Principio que, al desplegar esta Naturaleza a los ojos de los seres separados de él, quiso presentarles los índices estables y regulares, por los cuales pudieran restablecer con él su correspondencia y sus relaciones? Si estos índices materiales fueran variables; si su ley, su marcha, su forma misma no fuera determinada, la obra de este Pintor no sería más que un cuadro sucesivo de objetos confusos, sobre los que la inteligencia no encontraría descanso, y que no podría nunca mostrar el objetivo del gran ser. Finalmente este mismo gran ser anunciaría la impotencia y la debilidad, en que sería propuesto un plan que él no podría cumplir.

Cada producción de la Naturaleza tiene su carácter determinado; esto es solamente por que ella puede ser la expresión evidente su principio; a su sola vista, un ojo ejercitado debe poder decidir de qué agente tal producción manifiesta las facultades. El hombre no puede pues existir también sino por esta ley general.

¿En qué difiere el hombre de las otras producciones de la Naturaleza?

Para conocer al hombre, es necesario buscar en él las señales de un Principio de otro orden que el principio que anima la materia. Si uno observa atentamente las obras del hombre, percibirá que ellas no solamente son las expresiones de sus pensamientos; sino también, que él busca, así como él pueda, pintarse a sí mismo en sus obras. No cesa de multiplicar su propia imagen por la Pintura y la Escultura, y en miles de producciones de las Artes más frívolas; por último, da a los edificios que eleva, las proporciones relativas a las de su cuerpo. Verdad profunda, que podrá descubrir un espacio inmenso a sus ojos inteligentes; ya que esta inclinación tan activa a multiplicar así su imagen, y de encontrar la belleza que está allí y produce beneficio, debe distinguir al hombre de todos los seres particulares de este Universo.

Contrariamente a los animales que tienen comportamientos idénticos en cada una de las especies, el hombre tiene diferencias y oposiciones. Cada hombre es similar a un soberano en su Imperio. No solamente el hombre difiere de su semejantes, también en todo instante difiere de sí mismo. Quiere y no quiere; odia y ama; él toma y rechaza casi al mismo tiempo el mismo objeto; casi al mismo tiempo seduce y se hastía. Bien más, huye a veces lo que a él le agrada; se acerca a lo que le repugna; va delante de los males, de los dolores y de la muerte. Así se puede decir que en sus tinieblas, como en su luz, el hombre manifiesta un principio total a hacer distinto de él lo que opera y que mantiene el juego de sus órganos.

Esta es un desprecio imperdonable de concluir los diferentes ejemplos particulares, de una ley general para la especie humana. El hombre tiene en sí los gérmenes de todas las virtudes; están todos en su naturaleza, aunque él los manifiesta parcialmente, de lo que sigue a menudo, en el momento que él parece desconocer las virtudes naturales, no hace más que sustituir las unas con las otras.

Si es verdad que el hombre no tiene una sola idea de él; y que sin embargo la idea de tal poder y de tal luz sea, por así decirlo, universal, todo puede ser degradado en la ciencia y la marcha tenebrosa de los hombres, pero todo no es falso. Esto anuncia pues que hay en ellos alguna analogía, algunas relaciones con la acción suprema, y algunos vestigios de sus propios derechos; como hemos de encontrar en la inteligencia humana, las relaciones evidentes con la inteligencia infinita y con sus virtudes.

Si cada uno de los seres de la Naturaleza es la expresión de virtudes temporales de la sabiduría, el hombre es la señal o la expresión visible de la Divinidad misma; de lo contrario si la semejanza no es perfecta, el modelo podría ser desconocido.

Los elementos intermediarios: los números

Antes de que las cosas temporales puedan haber tenido la existencia que nos las hacen sensibles, fueron necesarios los elementos primitivos e intermediarios entre ellas y las facultades creadoras de las cuales descienden, las que son de una naturaleza muy diferente para poder existir juntos sin intermediario; éstas que nos son físicamente representadas por el azufre y el oro, por el mercurio y la tierra, las que no se pueden unir sino por la ley de una sustancia intermediaria.

Todo lo que existe en la naturaleza corporal, todas las formas, las menores características, no son y no pueden ser sino reuniones, combinaciones, o divisiones de las señales primitivas que son los números. Nada aparece entre las cosas sensibles que no estén escritas por ellos, que no desciendan de ellos y que no les pertenezcan, como todas las figuras posibles de la Geometría estarán siempre compuestas de puntos, de líneas, de círculos o de triángulos.

El hombre mismo, en sus obras materiales, que son obras secundarias para relacionarse a las obras de la Naturaleza, está ligado, al igual que otros seres a estas señales primitivas; no puede jamás elevar, jamás trazar, jamás construir; no puede imaginar ninguna forma, ejecutar un solo movimiento voluntario e involuntario, que no tengan estos modelos exclusivos, que todo lo que se mueve, todo lo que vive en la Naturaleza, no es más que el fruto de su representación. Si fuera de otro modo, el hombre sería creador de otra Naturaleza y de otro orden de cosas, que no pertenecería al Principio productor y modelo de todo lo que existe sensiblemente para nosotros.

El no estaría pues en nada en el hombre corporal, ni en sus producciones, que no sean, aunque tres de forma secundaria, la expresión de la acción creadora universal, que todo ser corporal representa, desde que existe y actúa.

La palabra y la escritura

Los sonidos y los caracteres alfabéticos, que sirven de instrumentos fundamentales a todos las palabras que empleamos para manifestar nuestras ideas, deben sostenerse en estos signos y sonidos primitivos que les sirven de base; y esta verdad profunda nos es trazada desde la antigüedad en el fragmento de Sanchoniaton, donde él representa a Toth que extrae el retrato de los Dioses para hacer los caracteres sacros de las letras; 10, emblema sublime y de una fecundidad inmensa, ya que él se agarra de la fuente misma de donde el hombre debería siempre beber.

Puesto que la ley que sirve de órgano a la suprema Sabiduría establece para todo un orden y una regularidad, debe haber determinado, para la expresión de los pensamientos que ella nos envía, señales invariables, como ha establecido para la producción de sus hechos materiales.

Los sonidos y los caracteres primitivos son los verdaderos signos sensibles de nuestros pensamientos, deben ser las señales sensibles de la unidad pensante ya que Él es el único principio de todas las cosas.

Así las producciones más desfiguradas, que nosotros podemos manifestar por la palabra y por la escritura, llevan siempre de forma secundaria la impresión de estas señales primitivas; y por consecuencia éstas de aquélla única idea, o de la unidad pensante: así el hombre no puede

proferir una sola palabra, trazar un solo carácter, que no manifieste la facultad pensante del Agente supremo; como no puede producir un único acto corporal, un único movimiento, sin manifestar las facultades creadoras.

El hombre está destinado a ser el signo y la expresión parlante de facultades universales del Principio supremo, de donde él ha emanado; como todos los otros seres particulares son, cada uno dentro de su clase, el signo visible del principio particular que les ha comunicado la vida.

La emanación

La emanación divina debe ser incluida en tanto que el Principio creador no aprobó ni separación, ni división, ni ninguna alteración dentro de su esencia. Para comprender bien este término, procederemos por analogía. Cuando produzco exteriormente algún acto intelectual, cuando comunico a uno de mis semejantes el más profundo de mis pensamientos, este móvil que llevo en mi ser, que va a hacerme actuar puedo darle una virtud: este móvil, aunque salido de mi, el que siendo, por decirlo así, un extracto de mi mismo y de mi propia imagen, no me priva de la facultad de producir similares. Yo tengo siempre en mi el mismo germen de pensamientos, la misma voluntad, la misma acción; y sin embargo yo he de algún modo conferido una nueva vida a este hombre, comunicándole una idea, una potencia que no tenía nada para él, antes de que yo lo hiciera en su favor, la especie de emanación que soy susceptible. Nosotros acordándonos no obstante, que no hay más que un solo Autor y creador de todas las cosas, se verá porqué sólo comunico atisbos pasajeros; en lugar de que este Autor universal comunica la existencia, y la vida imperecedera.

Pero, si en la operación que me es común con todos los hombres, se sabe evidentemente que la emanación de mis pensamientos, voluntades y acciones, no alterarán en nada mi esencia; según la más fuerte razón la vida divina puede comunicarse por las emanaciones: puede producir sin número y sin final, los signos y las expresiones de ella misma, y nunca cesar de ser el hogar de la vida.

La reminiscencia

Si somos emanaciones de una fuente universal de verdad, ninguna verdad nos debe parecer nueva y recíprocamente, si ninguna verdad nos parece nueva, aunque no percibimos el recuerdo o la representación de lo que está oculto en nosotros, debemos haber nacido en la fuente universal de la verdad.

El hombre intelectual, por su primitiva existencia, tiene su merecido según la ley universal de los seres que provienen de su árbol generador. Él es, por decirlo así, el testigo de todo lo que existía en su atmósfera: y como esta atmósfera es la misma sobre la que vivimos, que lo intelectual está sobre lo material, los hechos de los cuales el hombre participaba, siendo incomparablemente superiores a los hechos del orden elementario: y la diferencia de unos y otros, es la que hay entre la realidad de los seres que tienen una existencia verdadera e indeleble, y la apariencia de aquellos que tienen una vida independiente y secundaria. Así pues, el hombre estando

ligado a la verdad, participaba, aunque pasivamente, de todos los hechos de la verdad. Después de haber sido separado del árbol universal, que es su árbol generador, el hombre se encontró precipitado en una región inferior para allí probar una vegetación intelectual, si él llega a adquirir las luces y manifiesta las virtudes y las facultades análogas a su verdadera naturaleza, él no hace más que representar para sí mismo lo que su Principio había ya mostrado a sus ojos: no hace más que recuperar la vista de una partida de los objetos que había ya de estar en su presencia; que reunirse a los seres con los cuales había ya habitado; por último, que descubrir de nuevo, de una manera más intuitiva, más activa, de las cosas que había ya existido para él, en él y en torno a él.

He aquí porque no puede decir del avance de todos los seres creados y emanados en la región temporal, y el hombre por consecuencia, trabaja en la misma obra, que es recuperar su semejanza con el Principio, es decir, de crecer sin cesar hasta que ellos vienen a punto de producir sus frutos, como produjo los nuestros en ellos.

El hombre no está para probar a todos los seres que hay un Dios necesario, luminoso, bueno, justo, santo, potente, eterno, fuerte, siempre presto a revivificar a aquéllos que le aman, siempre terrible para los que quieren combatirlo o desconocerlo. ¡Dichoso el hombre, si él jamás anuncia a Dios manifestar sus potencias y nos las usurpa! El hombre no puede sobrepasar a su Creador puesto que todas las producciones son inferiores a su Principio generador, puesto que sólo somos la expresión de las Facultades divinas y del Número divino, y no la naturaleza misma de estas facultades y de este número que es la característica propia y distintiva de la Divinidad.

A cualquier punto que ascendamos, Él estará eternamente e infinitamente sobre nosotros, como sobre todos los seres. Eso mismo honra y ennoblece así nuestra propia esencia; porque nosotros no podemos elevarnos a un grado que nos eleve al mismo tiempo a una relación cuádruple; puesto que toda acción, como todo movimiento, toda progresión es cuaternaria, y que no podamos movernos sino según la inmutabilidad de sus leyes.

Por último, si descendemos de la Divinidad, si ella es el principio inmediato de nuestra existencia, más nos acercamos, y más nos engrandecemos a los ojos de los todos los seres; puesto que entonces nosotros hacemos salir de tanto más de los fragmentos de sus potencias y de su superioridad.

Dios debe ser nuestro término de comparación si queremos preservarnos de todas las ilusiones y de los esbozos de orgullo por los cuáles el hombre está a menudo reducido.

El crimen del hombre

Puesto que el ser divino es el único Principio de la luz y de verdad: porque Él solamente posee las facultades fijas y positivas, en las que reside exclusivamente la vida real y por esencia: las que el hombre ha buscado estas facultades en otro ser, ha debido necesariamente perderlas de vista, y no encontrar sino el simulacro de todas estas virtudes.

Así pues, el hombre habiendo cesado de leer en la verdad, no ha podido encontrar en torno a él sino la incertidumbre y el error. Habiendo abandonado

la sola permanencia de lo que es fijo y real, ha debido entrar en una región nueva, que, por sus ilusiones y su nulidad, hace toda oposición a esa que él venía a dejar. Fue necesario esta región nueva para la multiplicación de sus leyes y de sus acciones, le mostró aparentemente otra unidad que la de los seres simples, y de otra verdad que la suya.. Por último, fue necesario que el nuevo apoyo sobre el cual está descansando, le presentó un cuadro ficticio de todas las facultades, de todos las propiedades de este ser simple, y sin embargo no ser ninguno

Los números 4 y 9

El hombre está perdido yendo de cuatro a nueve; es decir, que él ha quitado el centro de las verdades fijas y positivas, que se encuentran en el número cuatro como siendo la fuente y la correspondencia de todo lo que existe; como es todavía, en nuestra degradación, el número universal de nuestras medidas, y de la marcha de los Astros.

El hombre está unido al número nueve de las cosas pasajeras y sensibles, donde la nada y la vida están escritas sobre la forma circular o novenario, que le es asignada, y que tiene al hombre como en el prestigio.

Los seres sensibles

En la región temporal, el hombre está condenado a captar por los sentidos solamente los seres compuestos ya que él no tiene la misma relación que tienen los seres de la misma naturaleza.

El hombre está pues reducido, permaneciendo en esta región temporal sin percibir más que las unidades aparentes: es decir que no puede conocer hoy día más que pesos, medidas y números relativos, en vez de los pesos, medidas y números fijos que empleaba en su medio natal

No obstante, las cosas sensibles, que no son aparentes y nulas para el espíritu del hombre, tienen una realidad análoga a su ser sensible y material. La sabiduría es así tan fecunda, que establece las proporciones en las virtudes y en las realidades, relativo a cada clase de sus producciones.

La muerte

Las cosas corporales y sensibles no son nada para el ser intelectual del hombre, se ve cómo deben apreciarse a esa que llama la muerte, y cuya impresión puede producir sobre el hombre sensible, quién no es identificado con las ilusiones de estas sustancias corruptibles. Ya que el cuerpo del hombre, aunque verdad para los otros cuerpos, no es, como para ellos, ninguna realidad para la inteligencia, y la pena debido a ella se percibe en que se separa: en efecto como lo deja, no deja más que una apariencia, o para decirlo mejor, no deja nada.

Al contrario, todo nos anuncia que debe ganar más que perder; ya que, con un poco de atención, nosotros no podemos penetrar por respeto por los que su ley libera estos obstáculos corporales, puesto que entonces hay una ilusión de menos entre ellos y la verdad.

El primer crimen del hombre

El crimen del hombre fue haber abusado del conocimiento que él tenía de la unión del principio del Universo con el Universo. La privación de este conocimiento es la pena de este crimen: sufrimos todos este irrevocable castigo, por la ignorancia donde estamos sobre los vínculos que ligan a nuestro ser intelectual a la materia.

La prueba manifiesta que este conocimiento no nos puede ser perfectamente rendido durante nuestro pasar por sobre la Tierra, es que no estamos en este bajo Mundo sino que para sufrir la privación de la luz que habríamos dejado escapar, si podemos recobrar plenamente esta luz, no estaríamos más en privación y por consecuencia no estaríamos más en este bajo Mundo.

La luz

Las leyes de la luz elemental son similares a las leyes de la luz intelectual. Además de la necesidad de un Principio primordial y generador, hace a uno y al otro base, una reacción y una clase de seres susceptibles de ser los términos y participar de sus efectos: lo que anuncia que la luz sensible y la luz intelectual no activan, no proceden y no manifiestan sino que por un cuaternario.

Hay seres inteligentes que están totalmente separados de la luz intelectual, no pueden allí estar más separados, más que no participan sino por sus efectos exteriores; allí tienen que recibir interiormente los rayos, más están en una ignorancia absoluta de las vías por las cuáles se propagan; allí no están pues los que son admitidos en su consejo, o donde la misma ciencia de ellos de donde todo desciende, que puede recuperar este conocimiento primitivo, porque no hay de donde ellos puedan recibir la luz, verla, gozarla y comprender finalmente que es donde se despliegan con una eficacia superior todos los poderes del gran cuaternario porque en esta clase suprema residen todos los tipos de los cuatro puntos cardinales del mundo elemental.

El hombre no ha sabido conservar este sublime goce el que fue su atributo antes, quiso transponer el orden de estos cuatro puntos fundamentales de toda luz y toda verdad ; ahora bien transponerlos, es confundirlos, y confundirlos, es perderlos y privarse de ellos.

El tiempo

El hombre, por una consecuencia de la corrupción de su voluntad hacia las cosas mixtas de la región aparente y relativa, está sujeto a la acción los diferentes principios que lo constituyen, y la de los diferentes agentes propios para sostenerlos, y para presidir en la defensa de su ley: y estas cosas mixtas se producen sólo por sus montajes de fenómenos temporales, lentos y sucesivos, en el resultado que el tiempo es el primordial instrumento de los sufrimientos del hombre, y el poderoso obstáculo que lo tiene alejado de su Principio: el tiempo es el veneno que le corroe, mientras que esto era lo que debía purificar y disolver el tiempo: el tiempo finalmente, o la región que sirve de prisión al hombre, es similar al agua donde está el poder de todo desorden,

de alterar más o menos rápido la forma de todos los cuerpos, y en que no se puede hundir los que están sin y son privados de la decimonona parte de su peso; fenómeno que según cálculos íntegros representan a nuestra naturaleza, nuestra verdadera degradación.

En efecto, el tiempo no es más que el intervalo de dos acciones: esa que es una contracción y la que es una suspensión en la acción de las facultades de un ser. Por ello, cada año, cada mes, cada semana, cada día, cada hora, cada momento, el principio superior quita y devuelve las potencias a los seres, y esta es la alternancia que forma el tiempo.

La extensión prueba igualmente esta alternativa, ella está sujeta a la misma progresión que el tiempo: lo que supone que el tiempo y el espacio son proporcionales.

La acción del hombre siendo extraña a esta región terrestre, esta acción es perpetuamente suspendida y divisada en él. Él no puede dudar que la verdadera acción del hombre nunca es hecha por un ser sujeto de la región sensible; puesto que la luz hizo progreso para comunicarse con él, una medida en que la acción sensible la abandonó y que él la ha despojado; y puesto que lejos él debe atender todos sus sentidos, él no tiene nada cuando están calmos y en una especie de nada para su inteligencia. Percibiendo tanto la belleza en las producciones de los seres físicos, cuya ley no es jamás desordenada, podemos pues formarnos una idea de las maravillas que el hombre haría eclosionar en él, si él siguiera la ley de su verdadera naturaleza, y que la imagen de la mano que ha formado, él se esfuerza, en todas las circunstancias de su vida, de ser más grande de lo que él ha hecho.

Su ser intelectual llegaría al último término de su carrera temporal, con la misma pureza que tenía al comenzar el curso. Se lo vería en la vejez unir los frutos de la experiencia con la inocencia de su primera edad. Todos los pasos de su vida habrían hecho descubrir, en él la luz, la ciencia, la simplicidad, el candor, porque todas estas cosas son de su esencia. Por último, el germen que le anima sería extendido, sin alterarlo; y volvería a entrar con la calma de la virtud, en la mano que le forma, porque en él se representa sin ninguna alteración, el mismo carácter y el mismo sello que había reunido, reconocería aún su impresión y vería siempre su imagen.

La cantidad de tiempo que el hombre debe sufrir para realizar su obra, es proporcional a la cantidad de grados, bajo los cuales es descendido; ya que, cuanto más el punto de una fuerza elevada es caído, cuanto más le es necesario el tiempo y el esfuerzo para remontar. El hombre debe formarse, durante su periplo sobre tierra, un conjunto de luces y conocimientos que abarcaban una suerte de unidad.

Pero el complemento de los verdaderos goces no puede ser obtenido ya que no nos apartamos del orden terrestre: el hombre no puede asir más que un esbozo y representación de estas luces.

"Que el hombre inteligente medite aquí sobre las leyes del Astro lunar, que nos representa, bajo miles de caras, nuestra privación; que él examine porqué este Astro sólo nos es visible durante sus días de materia; y porqué lo perdemos de vista al vigésimo octavo día de su curso, después del cual se eleva igualmente sobre nuestro horizonte."

Todo se reúne para probar al hombre que después de haber recorrido laboriosamente esta superficie, es necesario que él alcance los grados más fijos y más positivos, que tenga más de analogía con las verdades simples y fundamentales donde el germen está en su naturaleza. Por último, es necesario que a la muerte, realice el conocimiento de los objetos, donde él no ha podido percibir más que la apariencia.

Las lenguas superiores

"Puedo convenir que estos conocimientos superiores consisten en la inteligencia y el uso de dos lenguas comunes y vulgares, puesto que ellas tienen los disfrutes primitivos del hombre. La primera tiene por objeto las cosas Divinas y no hay sino cuatro Letras para todo el alfabeto; la segunda tiene veintidós y se aplica a las producciones, sean intelectuales, sean temporales del gran Principio: el mismo crimen ha privado al hombre de estas dos lenguas. Hubo una nueva prevaricación, se formaría para ella una tercera lengua que tendría ochenta y ocho Letras, y que lo retrocedería más aún de su término."

La rehabilitación del hombre no puede recorrer las regiones fijas y reales de purificación, sin adquirir una existencia más activa, más extendida y más libre; es decir sin respirar un aire más puro y descubrir un horizonte más vasto, a medida que él se acerca a la cumbre deseada: como vemos que cuanto más los principios de los cuerpos se simplifican, más adquieren virtudes: y como el aire grueso, que liberan las sustancias materiales, llenan un espacio tan extraordinariamente relativo al que ocupaba en los cuerpos, que la imaginación es casi horrorizada.

"Es de esta clase intelectual e invisible como de la simple física elemental; toda la Naturaleza es volátil, y no tiende sino a evaporarse; lo haría en un momento, si el fijo que lo contiene le perteneciera; pero este fijo no es de ella, él está fuera de ella, con lo que actúa violentamente sobre ella; y ésta no forma nunca una alianza con él, que ella no comienza por una disolución, hay por eso varios grados de alianzas y de amalgamas."

Así pues, similares a estos glóbulos de aire y de fuego que se escapan de las sustancias corporales en disolución, y que se elevan con mayor o menor velocidad; según el grado de su pureza y la extensión de su acción; no podemos dudar que a su muerte, los hombres que no han dejado su propia esencia con su vivienda terrestre, no se aproximan rápidamente a su región natal, para brillar, como los Astros, de un esplendor resplandeciente; que los que habrán hecho de cualquier mezcolanza de ellos mismos con las ilusiones de este tenebroso permanecer, no cruzan con más lentitud el espacio que les separa de la región de la vida; y que los que serán identificados con las deshonras de las cuales estamos rodeados, ni permanecen enterrados en las tinieblas y en la obscuridad, hasta que la menor de estas sustancias corruptas esté disuelta, y que haga detener con ella una corrupción que no puede cesar en tanto no se terminen a si mismas.

La caída del hombre

El hombre no ha recuperado el ser sino que para ejercer su acción sobre la universalidad de las cosas temporales, y él no ha querido ejercer sino sobre una parte; debía actuar para lo intelectual contra lo sensible, y ha querido actuar para lo sensible contra lo intelectual: por último, él debía reinar sobre el Universo; pero, en vez de velar la conservación de su Imperio, él se ha degradado a sí mismo, y el Universo se ha derrumbado sobre el ser potente que debía administrarle y sostenerlo.

Todas las virtudes sensibles del Universo son derrumbadas sobre él, le han comprimido con toda su fuerza y todo su poder; las virtudes intelectuales con las cuales el hombre debía actuar concertadamente se han separado de él y se ha encerrado cada una en su esfera y en su región. Lo que es simple para él devino múltiple y subdivido; este que está subdivido y múltiple, se ha conglomerado y le ha aplastado con su peso; es decir por él que lo sensible sustituyó a lo intelectual, y lo intelectual lo de lo sensible.

El nacimiento del hombre

El cuerpo del hombre, antes de su formación individual, es vertido en toda la forma del padre; y es unido a todos los poderes que están en su principio generador. Cuando el momento del nacimiento llega, el germen corporal se derrama en la forma universal del padre concentrado, se reúne en un punto. Entonces él se exilia y se oculta en el seno tenebroso de la mujer en donde se mezcla son los fluidos impuros y desarrolla mil barreras, él no tiene más el goce del aire donde sus órganos los más perfectos son de función y donde no recoge la vida y las ayudas de los elementos sino por un punto pasivo mientras que el destino del hombre era el de corresponder activamente con toda la Naturaleza.

En este estado, los primeros movimientos del hombre han sido los de retirarse de estas masas extrañas que le agobian; esto ha sido el separar penosamente sus propias virtudes de todas esas materias impuras con las cuáles ellas están confundidas; finalmente esto ha sido reunir todas sus fuerzas para salir de debajo de los escombros del Universo. Pero las leyes positivas se oponen a que un ser pueda aliarse con lo que le es contrario sin llevar la huella y los rastros de su amalgama, fue imposible al primer hombre salir de su cloaca con la misma pureza, la misma agilidad que él tenía antes de su caída; y he aquí porqué el hombre particular después de haber permanecido en el seno de la mujer, luego ha ejercido la acción de la cual es entonces susceptible para dimitir su germen sensible de todos los vínculos y los obstáculos que lo estrechan para al día de hoy encerrado en una forma más opaca que el fluido sutil que envolvía su propio germen.

Después que el hombre primitivo haya remontado este obstáculo, a él le resta un paso muy considerable por hacer; es el de unir sucesivamente las fuerzas de los distintos elementos que actúan dentro de su atmósfera; tal es asimismo la mácula del hombre particular quien, después de haber sido admitido en la luz elemental, languidece aún mucho tiempo antes de acostumbrar sus ojos a su resplandor, sus cuerpos a las impresiones del aire y sus órganos a las diferentes leyes establecidas para las formas corporales. Lo mismo, que al recibir el nacimiento, el hombre es considerado a tener que juntar en sí sus virtudes físicas y particulares, con las que puede llegar a participar en las fuerzas universales de la atmósfera, de las que se ha salido y

que son exteriores a él; igual el hombre intelectual, liberado de su primera prisión, y admitido con su forma material sobre la tierra debe trabajar para recuperar sucesivamente sus propias fuerzas y sus propias virtudes intelectuales, con las cuales puede tender a recuperar aquellas de las que ha estado separado por el crimen.

Pero lo que el hombre físico hizo de una manera pasiva y ciega en lo corporal, el hombre intelectual debe hacerlo por los esfuerzos constantes y libres de su voluntad. El hombre intelectual, que está reducido voluntariamente a una clase inferior y limitada, debe generalizar su ser, y escuchar las virtudes hasta todas las extremidades de su recinto particular, si él quiere alcanzar este recinto universal y sagrado del cual está proscrito.

Por último, la voluntad siendo hasta cierto punto la sangre del hombre intelectual y de todo ser libre; siendo el agente por el cual solo pueden borrar en ellos y alrededor de ellos los rastros del error y del crimen, la reactivación de la voluntad es la principal tarea de todos los seres criminales: y realmente, esta es en si una gran obra, en que todas las potencias trabajan desde el origen de las cosas, sin aún haber podido operarla en forma general.

El trabajo del hombre

Después de haber recibido en un lugar tenebroso una cáscara grosera, después de haber reunido en él las fuerzas intelectuales que le son propias, el hombre tiene aún que multiplicar estas mismas fuerzas; en la reunión de aquéllas que son externas a él, tiene que recoger las virtudes de todos los reinos terrestres; tiene que distinguir todas las especies de cada reino, y de la misma forma los caracteres particulares de cada individuo; tiene finalmente que explorar hasta las entrañas de la Tierra, para aprender a conocer los desórdenes de quiénes hacen el horror y la vergüenza de nuestra triste residencia, los cuales son indicados sea por los metales que no son de aceite, sea por la furia de volcanes, sea por el gran número de insectos y de animales maléficos y venenosos, que son rechazados de arriba de la tierra, y se ocultan en sus pozos sin fondo, como si el día les fuera prohibido.

Lo que hace los trabajos tan imponentes, es que el hombre deja pasar en vano la cantidad de tiempo necesario para realizarlos, y a él le es necesario una segunda cantidad de tiempo más considerable, más pesado que el primero atendido a que él entonces ha adquirido la primera y la segunda fuerza. Si durante esta segunda cantidad de tiempo, este infeliz hombre no realiza mejor su tarea que no hea hecho en la primera, se hace necesario un tercero aún más riguroso que los otros dos, y así sucesivamente, sin que se pueda fijar otros términos a sus males, que los que él mismo fije, sacrificando todas las virtudes que están en él.

La vida terrestre del hombre es la matriz del hombre futuro, en efecto, éste llevará en otra tierra, el plan, la estructura, la manera de ser a la cual será fijado en su estancia aquí abajo.

.

La caída del hombre repercute en todo el Universo

El hombre elegido por la Sabiduría suprema para la señal de su potencia, debía estrechar el mal en sus límites, y trabajar sin descanso para volver la paz al Universo. Y su sublime destino supone bastante cuáles deben

sus virtudes puesto que él solo debe poseer todas las fuerzas repartidas entre todos los seres rebeldes.

Pero, si él deja corromper su virtud activa; si en vez de subyugar el desorden, hace alianza con él, este desorden aumenta y se consolida, en vez de aniquilarse. Lo que debe hacer concebir cómo los todos los seres de la región sensible pueden estar hoy en día en un mayor padecimiento, o un mayor trabajo, que lo que estaban antes del crimen del hombre. Además, el crimen del hombre llega a repercutir hasta en esferas inteligibles, sobre los Ministros de la Sabiduría divina.

Traducción del francé por Prometeo, Noviembre de 2005